Queridos Amigos en Cristo:

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey y marcamos 18 años desde la promulgación de mi carta pastoral original de 2008 sobre los derechos humanos de los inmigrantes y el lanzamiento de una versión actualizada hoy de esa carta pastoral, aún muy oportuna. Por favor, fíjense que lo hago solamente después de que las recientes elecciones han terminado para dejar en claro que, por su fecha de publicación, esta carta pastoral es sobre la enseñanza de la Iglesia y no sobre la política de lo que continúa siendo un tema controversial para muchos católicos en nuestro país. Esta fiesta de Cristo Rey nos recuerda que somos una nación BAJO Dios, Dar al César lo que es del César y dar a Dios lo que es de Dios, que significa que lo que manda Dios viene primero, Cristo es rey y en el Evangelio de hoy nos dice que nuestro destino eterno depende en parte en la acogida que damos o negamos a los extranjeros entre nosotros. ¿Qué dijo Jesús en el Evangelio que acabamos de escuchar*? "Vengan… reciban en herencia el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo …porque fui forastero y me recibieron"…"¿cuándo te vimos forastero y te recibimos?"…"Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron"…"¡Apártense de mí, malditos, vayan al fuego eterno, preparado para el Diablo y sus ángeles!... porque fui forastero y no me recibieron"…"¿cuándo te vimos forastero…y no te asistimos?"… "Siempre que ustedes lo dejaron de hacer con uno de estos más pequeños, también lo dejaron de hacer conmigo". Éstos irán al castigo eterno, mientras los justos entrarán en la vida eterna".*

¡Jesús no puede hablar más claro que eso! En mi carta pastoral, que se distribuirá a todos después de la Misa hoy, hablo de cuatro principios básicos:

Primero: El principio económico de oferta y demanda, y el hecho que las fronteras nacionales no impiden la inmigración casi nunca cuando hay fuertes motivos económicos que

motivan esa inmigración. Expulsar a 12 millones de personas no es una opción realista históricamente, económicamente ni socialmente. Nuestra única verdadera opción es la de facilitar este proceso para el bien común o crear la más posible miseria—y cosechar las consecuencias indeseables. La mayoría de los estadounidenses no comprenden las barreras imposibles que enfrentan muchas de las personas que desean ingresar a nuestro país legalmente, lo que explico en la carta. La gente no quiere estar indocumentada; están presentes en el país sin documentos porque no tienen otra opción.

Segundo: El principio moral de que la gente tienen el derecho, otorgado por Dios, de inmigrar cuando así requieren las circunstancias. Nuestra Declaración de Independencia declara: *Consideramos estas verdades evidentes en sí, que todos los hombres fueron creados iguales, que fueron dotados por su creador con algunos derechos inalienables, que entre ellos son el de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.* El derecho de inmigrar se deriva de nuestro derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Vienen de Dios y por eso, ningún gobierno tiene la autoridad de negarnos estos derechos ni aplicarlos en modo selectivo o discriminatorio. Pero por otro lado, a diferencia del derecho a la vida misma, que es absoluto, los demás derechos están limitados por el bien común y por eso, hay situaciones donde el bien común puede impedir o restringir la inmigración.

Tercero: El principio teológico del bien común. El bien común es el bien compartido de todos los residentes en nuestra comunidad, nuestro país, y por extensión toda la familia humana. En este documento explico cómo las fronteras sirven el bien común y lo que implican los principios de derecho para los inmigrantes indocumentados—y lo que podemos hacer para remediar la situación.

Cuarto: A estos tres principios intelectuales presentados en la carta pastoral, añado el 4º principio—un principio espiritual—en la guía de estudio que la acompaña para ayudarnos a pasar de la cabeza al corazón, que es donde ocurre la conversión. Jesús nos desafía a que le permitamos compartir su corazón y su mente con nosotros. Todo lo que tengo que decir en realidad se reduce al llamado que nos hace Jesús de amarnos los unos a los otros como él nos ama, sin temor y confiando en la providencia de Dios. Para ayudarles a hacer esto, les ofrezco dos cosas:

1. El texto completo de mi carta pastoral, que se les entregará para llevar a casa al salir de la Misa hoy. Les pido que no solamente lean el texto, sino que también las notas al pie de página y los anexos, que considero serán reveladores para muchos de nosotros.

2. La carta pastoral concluye con un enlace a la guía de estudio diseñada para que todos la utilicemos en diferentes grupos en nuestras parroquias: grupos de oración, grupos de jóvenes, grupos de mujeres, los Caballeros de Colón, RICA y clases de confirmación, preparatorias católicas y programas de educación religiosa, consejos y comités parroquiales, etc. El Adviento es un tiempo de espera y anticipación, un tiempo de esperanza. Nadie recibió a los padres de Jesús en Belén, no encontraron posada. ¿Qué cambios necesitamos hacer aquí en nuestro país, en nuestras parroquias y en nuestros propios corazones para garantizar que los Marías y Josés de hoy reciban de nosotros una cálida bienvenida verdaderamente digna del Salvador cuyo nacimiento celebramos en Navidad?

Una de las características constantes de la historia americana es el hecho de inmigración y el proceso de conversión, por cual la población que los recibe aprende a ablandar su corazón y abrir los brazos para acoger al inmigrante. Como ya hemos visto antes con las olas de inmigrantes, este proceso toma tiempo—tiempo para que los inmigrantes se asimilen y tiempo para que la población que los recibe se sienta cómoda con los recién llegados. Los antepasados

inmigrantes de los americanos de hoy enfrentaron y superaron muchos de los mismos obstáculos que ahora enfrentan los inmigrantes de hoy. Nos asombra leer de la malicia de los letreros que decían “los irlandeses no deben aplicar” que enfrentaron los inmigrantes irlandeses católicos de los años 1800. Pero también nos sentimos inspirados por el poema de Emma Lazarus en la Estatua de la Libertad que termina con las palabras:

"¡Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres,
Vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad,
El desamparado desecho de vuestras rebosantes playas.
Enviadme a estos, los desamparados, sacudidos por las tempestades a mí.
¡Yo elevo mi faro detrás de la puerta dorada!"

Una de las características fundamentales de la Iglesia Católica es nuestro llamado a ser “universales” de hecho y no sólo de nombre. Esto significa que no deben existir líneas divisorias en nuestras parroquias, no debe haber parroquianos de segunda categoría—todos son bienvenidos, sin excepción. Pero hay más que eso. A ustedes y a mí se nos está ofreciendo una oportunidad única y privilegiada de compartir la mente y el corazón de Jesucristo, ese mismo Jesús a quien honramos con tantas imágenes del Sagrado Corazón, su corazón visible, coronado con espinas y sobre el fuego del amor. Y esa es la persona que él ahora nos invita a ser, Cristo para los demás. En esto, Dios nos usará no solamente para ser luz para nuestro país sino también, y más importante, para ser una fuente de amor, amor que disipa el miedo, amor que brinda esperanza y sanación, y de este modo nos convertimos en modelo de lo que toda la sociedad estadounidense está llamada a ser.